



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

UNIDAD: IZTAPALAPA.

DIVISIÓN: CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES

*Lic. en*  
CARRERA: PSICOLOGÍA SOCIAL

MATERIA: SEMINARIO DE INVESTIGACIÓN

TÍTULO: EL ESPÍRITU DEL TIEMPO EN EL SIGLO XX

FECHA: JULIO 21 DE 1999

ALUMNO: VICENTE VILLEDA SALINAS

MATRÍCULA: 94223633

ASESORES: LIC. DAVID M. GARCÍA GUZMÁN.

LIC. JAIME PEÑA SANCHEZ.

LECTOR: DR. RAÚL CORRAL QUINTERO.

1999

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA  
CAMPUS IZTAPALAPA

**EL ESPÍRITU DEL TIEMPO EN EL SIGLO XX: UNA MEMORIA COMPARTIDA**

(Una visión desde la Psicología Colectiva)

**TESINA QUE PRESENTA PARA OBTENER EL TÍTULO DE LICENCIADO EN  
PSICOLOGÍA SOCIAL:**

**VICENTE VILLEDA SALINAS**

**ASESORES:**

**LIC. JAIME PEÑA SÁNCHEZ.**

**LIC. DAVID M. GARCÍA GUZMÁN.**

**LECTOR:**

**DR. RAÚL CORRAL QUINTERO**

**JULIO DE 1999.**

INTRODUCCIÓN.....	1
EL RITMO DEL TIEMPO EN LA MEMORIA COLECTIVA.....	8
LA CULTURA DEL RELOJ DE PULSO.....	10
LOS MOMENTOS DEL TIEMPO COLECTIVO.....	19
LA CULTURA DEL RELOJ DE SOL Y DE LAS CAMPANAS.....	20
LA CULTURA DEL RELOJ PÚBLICO Y DOMÉSTICO.....	27
LA CULTURA DEL RELOJ DE BOLSILLO.....	32
CONTROL DEL TIEMPO Y PODER.....	35
CONCLUSIÓN.....	38

**ESTE ENSAYO NO ES LA REALIDAD.**

## INTRODUCCION.

*“El tiempo sustituyó al espacio en el interés de los filósofos  
y se transformó en el motor oculto  
que mueve las concepciones contemporáneas del mundo”*

*Rizieri Frondizi*

¿Cuál es el problema ?

No es mi intención dilucidar el complejo e inquietante problema filosófico acerca de la naturaleza del tiempo . Parece que San Agustín de Hipona (354-430) es el primero que se pregunta: ¿qué es el tiempo? y concluye diciendo: “Cuando nadie me pregunta qué es el tiempo, sé lo que es; si alguien lo inquiera lo ignoro”. Acerca de su naturaleza hay por lo menos dos posturas enfrentadas que se han vuelto clásicas: una lo considera una realidad objetiva con existencia propia fuera del sujeto: es como un río que fluye desde el pasado remoto hasta el futuro infinito (Newton, Schopenhauer) y otra, sostiene que es una forma “a priori” (antes de la experiencia) que el sujeto inyecta a las cosas para poder conocerlas (Kant ).

La reflexión filosófica no es la perspectiva del presente trabajo. Si no me refiero a la naturaleza del tiempo, entonces, que denoto con la palabra “tiempo” en este ensayo. Utilizo la palabra “tiempo” entrecomillada porque no discurro acerca de lo que es en sí mismo sino acerca del ritmo del tiempo colectivo, a cómo es percibido y sentido cotidianamente, por una comunidad humana, en un lugar y época determinado. Con la finalidad de dar con los sentidos y significados de nuestra vivencia colectiva del tiempo a fines del siglo XX.

Por otra parte, por *espíritu*, me refiero a ese ambiente que vivimos y sentimos en sociedad, aunque no sea racional y lógico. Tal vez, expresiones como "clima político" o "ambiente tenso" le proporcionen una imagen al lector acerca de lo que digo.

De tal forma que el problema que me planteo es el siguiente: ¿Cuál es el espíritu del "tiempo" a fines del siglo XX; cómo, cuándo, dónde y por qué se originó y qué consecuencias trajo a la vida social cotidiana?

### Los anteojos detrás de la mirada

¿ Desde dónde miro la cuestión del "tiempo" ? Desde la Psicología Colectiva. Utilizaré el método hermeneútico propio de la tradición filosófica incorporado al pensamiento psico-colectivo desde fines del siglo pasado por Lebon, Rossi, Tarde, Wundt, Simmel, Durkheim y Mead. Y continuado por Blondel, Halbwachs, Lewin, Asch, Sherif, Cantril, Moscovici, Billig y Gergen<sup>1</sup>.

La Psicología colectiva es un punto de vista, más que un conjunto de temas, presta especial atención al factor afectivo de la vida social, busca averiguar los pensamientos y sentimientos que conforman el espíritu, el ambiente, de la sociedad de todos los días: narra los significados, las experiencias, los afectos, las sensaciones y los sentidos que laten en la vida cotidiana. Debido a su objetivo utiliza un lenguaje evocativo y un estilo muy peculiar.

---

<sup>1</sup> cfr. Fernández Christlieb P. "Psicología colectiva un fin de siglo más tarde" Coedición Anthropos-Colegio de Michoacán. 1994 pp. 15-175.

No presenta estadísticas alegando que eso es la experiencia sino que presenta experiencias para producir experiencias, pues si la disciplina quiere tratar con afectos tiene el desafío que el lector sienta afectos, no sólo los piense. Ello sólo es posible mediante el estilo, no con las cosas dichas sino con la forma de decirlas; con la forma de subdividir el texto, los títulos que se escogen, las metáforas que se desarrollan, los ejemplos que se añaden, las transgresiones lingüísticas y científicas,...Como dice Bruner (1990) "el carácter afectivo de la realidad psíquica hace que el discurso cotidiano no utilice conceptos para desplegarse y justificar su validez o veracidad sino narraciones en la forma de anécdotas, ejemplos, chistes, cuentos, historias, etc."

El valor de esta forma de argumentar dependerá, creo yo, no solamente de la coherencia interna del discurso sino también de los afectos y sensaciones despertados en el lector a través de la narración de los significados y las experiencias.

### **¿Por qué estudiar la vivencia colectiva tiempo?**

¿Por qué reflexionar acerca del espíritu, del ambiente, de las creencias, de los sentimientos y pensamientos que flotan en las sociedades acerca del devenir, del cambio?

En la actualidad vivimos en una sociedad con un estricto cálculo temporal, utilizamos calendarios y relojes públicos que "miden" las horas, los minutos y hasta los segundos y nos parece extraño que en sociedades más simples sus miembros no sepan responder con exactitud a la pregunta: ¿cuántos años tienes?. Experimentamos, con toda crudeza, la presión del tiempo, del horario de cada día y en mayor grado, el acoso de los años del calendario.

Esta forma de vivir el tiempo se ha convertido en una segunda naturaleza, como si viniera pegada a la piel, un destino que todos los hombres debemos asumir.

Sentimos y pensamos como natural nuestra vivencia del tiempo en la sociedad urbana actual. Albergamos en nuestro interior la creencia inconfesada de que siempre ha sido así, de que los hombres de todos los tiempos han experimentado el tiempo como algo que "fluye", como un río que corre veloz debajo de sus pies, y les transferimos, como el paciente a su psicoanalista, nuestra forma acelerada de percibir el tiempo, nuestras prisas y nuestra visión del mundo.

No obstante, durante miles de años los grupos humanos sobrevivieron sin calendarios ni relojes. En sociedades más simples un hombre podía decir para fechar un acontecimiento "yo era un niño cuando ocurrió aquel terremoto", utilizando así un marco de referencia puntual, y no continuo como lo utilizamos hoy en día.

### **Tesis y limitaciones.**

La tesis del presente trabajo es que en cada momento histórico, cada comunidad humana no sólo ha usado un tipo de reloj, fruto de la tecnología de la época, para "determinar el tiempo", sino que ha construido socialmente una vivencia colectiva concordada del tiempo conformada por sentimientos y pensamientos. De acuerdo a esta vivencia, considero que cada sociedad, ha generado una personalidad colectiva, una forma de relacionarse consigo misma, con su entorno y con lo Divino que está conectada directamente con la nuestra.



El presente ensayo propone la comprensión narrativa de los procesos, contenidos y significados construidos alrededor del ritmo del tiempo en diferentes colectividades a lo largo, no de la historia occidental, sino de la memoria colectiva de occidente. Esta se halla fundada, no en datos y fechas muertas, sino en esa conciencia colectiva que tenemos los partícipes de la sociedad del siglo XX de compartir un pasado común. Pues mientras la historia es informativa, la memoria es comunicativa por lo que no le interesan los datos verídicos sino las experiencias verídicas por medio de las cuales se permite trastocar e inventar el pasado cuando sea necesario.

### **El ensayo en síntesis.**

En las comunidades rurales primitivas el tiempo adquiere un matiz que consiste en recoger señales del tiempo oportuno para realizar algunas actividades concretas en su sociedad: iniciar la siembra, celebrar sus fiestas, no tiene que ver con una mirada a un reloj celestial, universal e impersonal que me da la hora del observatorio divino. Esta vivencia del tiempo les proporciona armonía con su comunidad particular y con su Dios. No viven la desesperación porque "cada cosa tiene su tiempo". Esta forma inalterable, que acepta la naturaleza del devenir, permaneció hasta las comunidades rurales de la Baja Edad Media y aún hoy en los pueblos pequeños donde todavía no practican los conceptos de cita y plazo tan peculiares e indispensables en las ciudades.

Hasta el siglo VIII Europa está casi despoblada. Las ciudades son pequeñas, las naciones son marginales, el poder se encuentra disperso, la economía y la moneda son inexistentes. El ritmo de la vida europea era todavía el de la agricultura, de los ritos ancestrales de los celtas y de los galos. El "tiempo" campesino seguía siendo tiempo de espera y de paciencia, de lentitud, de resistencia al cambio.

Entre los siglos VII y X se construye el último orden del tiempo de los dioses, el tiempo cristiano. El monasterio regido por las campanas se erige como un inmenso reloj para el uso del mundo. Es el que impone una nueva manera de contar las horas y los días, porque únicamente él, tiene necesidad, a causa de la liturgia, de medir el tiempo. Para medir el tiempo, los monjes utilizaron los cuadrantes astronómicos, las clepsidras. Era el abad quien anunciaba la hora a la comunidad; el control del anuncio del tiempo, aparece así, como un instrumento importante del poder. Someterse a esta señal es someterse a la autoridad, es decir al abad, y más allá, a Dios

Durante el siglo XIV empieza a cambiar, lentamente, la manera de medir y de sentir el tiempo colectivo con la introducción de la economía mercantilista y el reloj público. El tiempo, no es ya más, "algo" que está más allá de los alcances humanos sino "algo" que se compra, se vende, se gasta, produce o se desperdicia. De tal forma que así, paulatinamente, durante un período de cuatro o cinco siglos, van cambiando las relaciones entre los ciudadanos, aparecen más frías, más calculadoras como la *ratio* que se implanta en la ciudad gracias al dinero y al reloj. El tiempo de trabajo lo viven distintamente patrón y trabajador. El primero trata de aprovecharlo al máximo; el segundo lo vive como una carga.

Nuestra vivencia colectiva moderna del tiempo no es la única forma de enfrentar el tiempo, ni la que ha predominado por más siglos, sino un "ritmo nuevo", relativamente hablando, que surgió, no con la invención del reloj mecánico (s.XIII) sino hasta ya muy entrado el siglo XIX cuando se juntaron varios factores; entre ellos: la revolución industrial, el reloj de bolsillo, el ferrocarril, el fenómeno de la moda plena, la adecuación de la ciudad a los criterios de eficiencia y progreso.

Esta forma acelerada de vivir el tiempo en las ciudades ha generado un tipo específico de forma de ser y actuar: el ciudadano medio de las urbes del siglo XX no puede contemplar la realidad, los cambios está sobresaturado de estímulos y por lo tanto no responde a ellos; vive en la inseguridad de los cambios; en la superficialidad de las apariencias y en la carencia de relaciones interpersonales férreas, aunándose así un vacío afectivo al vacío significativo; tiene una conciencia implacable del tiempo, como un verdugo que no perdona y vive huyendo de sí mismo.

Los hombres y mujeres de fin del siglo XX tenemos el reto de construirnos una "personalidad" capaz de adaptarse al vértigo del cambio, a la nueva realidad cambiante que se impone como el sol en primavera.

## EL RITMO DEL TIEMPO EN LA MEMORIA COLECTIVA.

*Cuando nos volvemos hacia lo que ha transcurrido siempre es posible distribuir ciertos fragmentos entre los puntos de división del tiempo colectivo que encontramos fuera de nosotros y que se impone desde fuera a todas las memorias individuales, precisamente porque no tiene su origen en ninguna de ellas.*

*M. Halbwachs*

La noción de memoria colectiva es original del sociólogo francés Maurice Halbwachs, "de vida muy productiva y muerte muy absurda". Según él, "la memoria colectiva es el proceso social de reconstrucción del pasado vivido y experimentado por un determinado grupo, comunidad o sociedad"<sup>2</sup>. Es diferente de su historia y difiere tanto en su contenido como en su manera de reconstruirlo y hacerlo significativo

El pasado histórico se refiere a hombres que nunca conocimos, está muerto, mientras que el pasado vivo y vivido de la memoria habla de lo que nos ha ocurrido, de nuestra experiencia. La historia pretende dar cuenta de las transformaciones de la sociedad, la memoria colectiva insiste en asegurar la permanencia del tiempo y la homogeneidad de la vida, la identidad del grupo y de sus proyectos. Además, "el pasado histórico es idealmente único -hay una historia ideal de la Revolución Francesa- mientras que el de la memoria es plural, pues se diversifica en tantos pasados como grupos existan. Por último, el pasado histórico ordena los acontecimientos en un tiempo abstracto y universal (la cronología), mientras que el de la memoria parte del tiempo real de la experiencia, y por tanto, de un tiempo cualitativo"<sup>3</sup>

<sup>2</sup> Aguilar M.A. "Fragmentos de la memoria colectiva de M. Halbwachs" en La Revista de Cultura Psicológica. México, (UNAM) 1,1 (primavera 1992) p.6

<sup>3</sup> Ramos Ramón. "Maurice Halbwachs y la memoria colectiva" en Revista de Occidente vol 100. Septiembre de 1989. p. 79

La condición *sine qua non* de toda identidad colectiva consiste en disponer de un pasado común. Y la memoria que habla de él y lo reconstruye es el soporte angular de esta identidad. Sin embargo, aunque parezca raro para los que confían plenamente en los recuerdos de su memoria, los grupos como los individuos, "tienen la necesidad de reconstruir permanentemente sus recuerdos a través de sus conversaciones, contactos, rememoraciones, efemérides, usos y costumbres, conservación de sus objetos y pertenencias y permanencias en los lugares en donde se ha desarrollado su vida, porque la memoria es la única garantía de que el grupo sigue siendo el mismo, en medio de un mundo perpetuo de movimiento"<sup>4</sup>.

"Los marcos espaciales de la memoria colectiva consisten en los lugares, las construcciones y los objetos, donde, por vivir en y con ellos, se ha ido depositando la memoria de los grupos, de modo que, tal esquina, tal bar tal objeto, en fin evocan el recuerdo de la vida social que fue vivida allí..."<sup>5</sup> A través de los lugares, construcciones, objetos, ... donde se ha depositado la memoria colectiva de las comunidades humanas de la cultura occidental podemos asomarnos a cómo pensábamos y sentíamos el ritmo del tiempo en cada época o momento de la historia y qué consecuencias prácticas surgieron en el vivir cotidiano.

Esto es justo lo que haremos en el presente trabajo a partir de los relojes públicos, los lugares colectivos: tales como la plaza, el café, etc. Y atisbaremos en las interacciones sociales generadas en cada grupo para ver que tienen que ver con nosotros.

---

<sup>4</sup> Aguilar M.A. *ibid* p.6

<sup>5</sup> *ibid*. p.7

## EL ESPÍRITU DEL TIEMPO EN LA CIUDAD MODERNA

○

### LA CULTURA DEL RELOJ DE PULSO

*En nuestra sociedad impera, la reducción del coito a un obstáculo que hay que superar lo más rápidamente posible para alcanzar una explosión extática, única meta verdadera del amor y del universo.*

*Milan Kundera.*

¿Cuál es el significado del tiempo para los hombres del siglo XX ?

Aunque la aceleración del ritmo del tiempo sea una tendencia general de la sociedad, al menos desde la aparición del capitalismo ( o del ferrocarril, o de la moda o del uso común de los relojes mecánicos) y este ritmo haya afectado cada vez más a la sociedad,<sup>6</sup> no vivimos un ritmo uniformemente acelerado del tiempo en las ciudades del siglo XX. Existen dos ritmos preponderantes, predominantes, porque aún hoy hay zonas rurales (más cercanas a los ritmos de naturaleza) y urbanas (contagiadas de vértigo informático).

A continuación narraré el espíritu del tiempo que flota en las urbes y describiré sus características en la ciudad moderna valiéndome de algunas metáforas de la vida cotidiana que tienen, como es sabido, la ventaja de ser intuitivas, comprensivas, ricas, persuasivas, pero la desventaja, como toda comparación, de ser generales e imprecisas.

---

<sup>6</sup> cfr. Heller Agnes. "Sociología de la vida cotidiana" Barcelona, Península 1979 p.390

## El tiempo marcha despacio en las callejuelas.

La vida urbana del presente siglo (como la de todos los demás) es más veloz en comparación con su vida campirana. Si visitamos el pueblito donde nacieron nuestros padres o abuelos, miramos como el paisaje, las aves y las ramas de los árboles se mueven con pausa, poco y sin prisa; percibimos que las impresiones persisten en nuestra memoria; los recuerdos saltan a la conciencia: nuestros amigos de la infancia, los veranos soleados que pasamos entre ellos, la primera novia, las travesuras, las callejuelas sin pavimentar son lugares por donde transitamos con movimientos parsimoniosos, nos detenemos a platicar con semblante tranquilo, corazón apaciguado, sin prisas, sin hablar de una cosa y pensar en otra, dándole tiempo a la conversación. Es un espacio más habitual, más predecible, sabemos que esperar de su transcurso, es como nuestras casas, como la familia, como mirarse al espejo todos los días, pues a pesar de que pasen los años y todo cambie no lo notamos; todo lo vemos como siempre, porque no se transforma de un día para otro sino poco a poco. Vivimos en el reino de lo habitual, de la permanencia, de la conservación.

## El tiempo en la calle urbana.

El tiempo en la ciudad moderna es como mirar a través de la ventanilla del autobús en movimiento. La mirada no puede reposar sobre una cosa sin que se vea interrumpida por otra que se atraviesa, el panorama cambia antes de que la vista lo aprehenda, por lo que no puede contemplar sino sólo percibir, registrar en el menor tiempo posible la presencia de una cosa. Es un espacio lleno donde la atención no puede completar la aprehensión de un rasgo porque es interceptada por otro. Es una situación rápida donde "ningún objeto del paisaje puede coexistir con su observador: siempre se esfuma, desaparece. La rapidez requiere mucho mayor espacio para desplegarse, y mucho mayor cantidad de objetos, pero paradójicamente, en un espacio rápido y lleno hay

'menos', de hecho, 'no hay nada', excepto la 'desaparición'"<sup>7</sup>. Este ritmo del tiempo en la ciudad del siglo XX se puede caracterizar con onomatopeyas: "zum", "zum", "rum", "rum" "pst, pst" " tris".

Si estamos en la avenida principal de una urbe o en el sistema de transporte colectivo (metro), característico de las ciudades modernas, percibimos: movimientos continuos de vehículos, ires y venires de imágenes cambiantes, personas acelerando el paso porque ya deberían estar en la oficina, ansiosos por llegar; anuncios impávidos ante un hormiguero de automóviles que transitan cargando su cuota máxima de seres humanos, ruidos incesantes, objetos y más objetos; las impresiones internas y externas son rápidas e ininterrumpidas, "todo cambia, nada permanece"; caras ocupadas y preocupadas, gente hablando de una cosa y pensando en otra, como si fuera un cosmos urbano lleno de mónadas, incomunicado, escindido, sin relación, ni interconexión, no hay tranquilidad, ni tiempo para la conversación, menos para la amistad.

El tiempo es un espacio incierto, como el juego de la ruleta, todo puede cambiar de un momento a otro: desapareció un bosque; construyeron una plaza comercial; ampliaron el periférico; los nuevos vecinos son extranjeros; en las oficinas, cada vez, hay menos empleados y más computadoras; el mundo de nuestros padres, el mismo en que habitamos, ya no es igual porque nacer en una sociedad donde las computadoras son parte de la vida cotidiana es totalmente distinto de otro lugar donde la T.V. generó gran sorpresa.

---

<sup>7</sup> Fernández Christlieb P. Teorías de las emociones y teoría de la afectividad colectiva p.106-107 en "Psicología teórica", IZTAPALAPA Año 14 Num. 35 Extraordinario de 1994.



## Nosotros / los otros.<sup>8</sup>

Necesitamos más tiempo del que disponemos. Frente a la aglomeración de hombres y cosas que cambian rápidamente y nos estimulan hasta el nivel de tolerancia más alto, los individuos de las grandes ciudades, hemos adquirido una característica distintiva o propia, la indiferencia. Todos los hombres y mujeres con que nos tropezamos en la calle parecen tener caras delgadas, como hoja de cuchillo, con rasgos angulosos, grisáceos y expresión de frialdad, abundan los conocidos aunque escasean los amigos. La indolencia, inseparable amiga de la indiferencia aparece en escena. Los estímulos no generan un movimiento del ánimo, sólo de la superficie, somos como los médicos que de tanto ver sangre, dolor o sufrimiento, estos ya no les dicen nada.

Debido a la ráfaga de impresiones nos sentimos como espectadores que asisten a un museo con una actitud aséptica frente a relaciones interpersonales y no como los participantes del juego. Vivimos en un mundo opaco, le falta transparencia, no sabemos lo que ocurre dentro del otro, qué siente, qué piensa, hacia donde se dirige; el otro es sólo un objeto, un bulto de carne que se agolpa contra nosotros en los vagones del metro. El estar juntos en las grandes ciudades tiene un carácter preferentemente visual, no afectivo, los contactos son breves y raros: a mi vecino, desde hace 10 años, lo veo, cada mes o cada dos, sólo para saludarlo. Cuando el universo de las relaciones se restringe sólo a estos contactos visuales, el vacío, el sinsentido y el tedio de la vida se apoderan de la existencia, como el demonio de su poseído. Por el contrario, en el tiempo para contemplar la naturaleza, para platicar por el puro y simple gusto de hacerlo, sin obtener retribución a cambio, para realizar actividades anodinas ante los ojos de quienes piensan que el tiempo es dinero, experimentamos el gozo del atardecer frente a los ojos, la voz grata del amigo y el olor de la mujer amada.

---

<sup>8</sup> Simmel G. "El individuo y la libertad" Barcelona, Península 1977. p. 247-261.

La actitud de las personas que vivimos en la ciudad puede caracterizarse como una situación de reserva, defensiva, como la de dos boxeadores que miden sus fuerzas al inicio del combate. Pero, no podría ser de otra forma debido al contacto constantemente externo con innumerables personas. Pues si respondiéramos con el corazón, con la afectividad, como en la pequeño pueblo, en el que se conoce a todo el mundo con el que uno se tropieza y se tiene una relación con cada uno, entonces nos atomizaríamos internamente por completo y caeríamos en una constitución anímica escindida en miles de fragmentos; seríamos esquizofrénicos a la enésima potencia. Esta circunstancia psicológica, y el derecho natural a la desconfianza que tenemos frente a los elementos de la vida de la gran ciudad que nos rozan ligera y efímeramente, nos obligan a esta reserva.

Pero este ritmo acelerado, las prisas de la vida urbana no sólo afectan las relaciones interpersonales, sino todas las esferas de la vida cotidiana. El mundo se vuelve "pura apariencia" porque no hay tiempo para profundizar, para interiorizar, para pensar, para madurar, para construir a largo plazo: proliferan las escuelitas de estimulación temprana que pusieron de moda a papás presumiendo hijos sabihondos capaces de leer a los dos años, pero inhábiles para vestirse, incapaces de desarrollarse emocionalmente y de entender secuencias lógicas o de resolver situaciones vitales; aumenta el número de estudios de corta duración: secundaria en 6 meses, preparatoria en un año, cursos de belleza, diplomados, licenciaturas en tres años; tiene auge la publicación de libros del tipo: "Todo lo que debe saber de ciencia", de arte, de filosofía, de economía, etc., la publicidad personifica el principio rector de la vida cotidiana: nos fijamos más en el envase, en la envoltura que en el producto mismo.

## El tiempo del reloj: voz interior.

La voz interior que pregunta por el tiempo en las ciudades modernas está presente en todas partes. Es rígida e inflexible, como el rencor que no perdona, cuando nos tenemos que levantar más temprano porque ha cambiado el horario de verano; sorda como la mirada que no responde al saludo, cuando llegamos tarde al trabajo, y no acepta explicaciones, simplemente nos descuenta el día e implacable como una cara sin gestos cuando no asistimos a tiempo a una cita y perdemos la venta o el trabajo.

La voz del tiempo es como el Dios trino simbolizado en el triángulo con un ojo, vigilante, omnipresente e inevitable. Relojes, calendarios, horarios de aviones, de autobuses, de trabajo, de comercios, de cines, de museos,... todos los espacios acogen un reloj en su seno y nos recuerdan al dios que gobierna nuestras actividades; los hay públicos en el metro, las plazas, y los edificios para regir las citas; semipúblicos en los cines y las oficinas para controlar la diversión y el trabajo, y privados en casa para fiscalizar hasta el último resquicio de intimidad: el de pared en la sala o la estancia, el despertador junto a la cama, y el de pulso, pegado a la piel de la muñeca, para acompañarnos al cuarto de baño y hasta la intimidad sexual. Parece que el reloj es un invento humano omnipresente que ha tomado el lugar de Dios.

En las naciones más industrializadas el tiempo es usurero, no perdona ni un instante. A los latinoamericanos nos parece increíble que un reloj público marque los segundos, pues consideramos que es innecesario. Sin embargo, "no hace mucho me contaban de una mujer sudamericana que, al volver de Alemania, narraba como algo digno de admiración, que allí los relojes de la estación de trenes, no tenían sólo dos manecillas para marcar las horas y los

minutos, sino una tercera para los segundos"<sup>9</sup> y la alemana Elke Moeller-Korte, añadió que tales relojes son imprescindibles en un plan de viaje apretado.

### ¿ Cómo surgen las prisas ?

En su libro: "El imperio de lo efímero" G. Lipovetsky nos muestra que la moda no se limita, como en la alta Edad Media, al vestido, sino que se ha convertido en un sentimiento y pensamiento colectivo que ha creado una nueva esfera de la sociedad: en esencia, ha destruido la conservación. El espíritu de la moda, que se ha impuesto en este siglo, se rige por tres principios: lo efímero, la seducción y la diferenciación marginal. Y concluye su ensayo afirmando que en esta sociedad la cultura, la política e incluso la economía están estructuradas por el mismo espíritu de cambio permanente, seducción y diversificación.

¿Qué tiene que ver la moda con el tiempo? Este cambio permanente, "institucionalizado", en nuestra sociedad contemporánea, (consecuencia de la "moda plena": forma que gobierna la producción de autos, de computadoras, de estéreos, los anuncios publicitarios de T.V , la edición de libros, la apariencia personal, las formas de sentir y pensar, etc.) modifica nuestra vivencia colectiva del tiempo. Nos hace sentir que el tiempo se acelera, como si estuviéramos parados en el cauce de un río y el agua corriera, implacablemente entre nuestros pies. Aún más la tecnología, tiene como principio rector, vivir como el correccaminos, ganar tiempo, es decir, hacer las cosas más rápidamente y conseguir mayor productividad con el menor número de personas. Este principio ha penetrado a capas más profundas de nuestra psique colectiva pues todos decimos, y no de dientes para afuera, sino creyéndolo verdaderamente, que lo nuevo es sinónimo de "mejor" y lo viejo analogía de lo "peor". Una computadora que tiene apenas 10 años nos parece pieza de museo, un horno de micondas es viejo si todavía es de perilla y no digital, y cambiamos el

<sup>9</sup> Elias Norbert " Sobre el tiempo" México FCE 1989 p.108

estéreo de tres C.Ds por uno de cinco o de diez, aunque añoramos el tipo rocola con una capacidad para 48 porque es más actual. Parece que el tiempo se ha contraído. Moda y tecnología contribuyen más que nunca, en la historia de la humanidad, a vivir nuestra existencia en medio o mas bien arrastrados por una aceleración generalizada. La tecnología tiene una guerra declarada contra el tiempo. La moda es su aliado. Y nos ha ganado como adeptos, estamos a su favor aunque no seamos conscientes de ello.

Tenemos enfrente, el reto de conquistar el tiempo, porque no es nuestro, porque nos huye como la mariposa cuando queremos atraparla. Pero, curiosamente, "matamos" el tiempo, todos los días a todas horas consumimos el tiempo, es decir lo utilizamos para la cultura, para la amistad, para jugar, para hacer nada. Pero hay que pagarlo caro, y cada vez más, en una sociedad compulsiva que divide el tiempo más y más precisamente y lo cotiza en dólares. Hace falta tiempo para que se establezcan relaciones entre las personas para comprenderse, para entenderse. La lentitud es indispensable para que se pueda dar una relación, no funcional, no utilitaria . Y para conseguirlo nada mejor que ocuparse con las cosas *inútiles* para llenar los muchos minutos que tiene nuestra vida; paseando, conversando, amando, mirando, jugando...

### Viaje en motocicleta <sup>10</sup>

Nuestra vivencia del tiempo en las urbes contemporáneas es semejante a conducir una motocicleta. Al montarnos sobre ella, todos nuestros sentidos se agudizan, devoramos el pavimento, evadimos todos los obstáculos, nos concentramos en un instante fuera del tiempo; vivimos un presente extático donde se nos olvidan todas nuestras limitaciones y obligaciones: edad, mujer, hijos, fragilidad propia,..., borramos el miedo de nuestra conciencia porque el porvenir es su fuente y nos hemos liberado de él.

---

<sup>10</sup> cfr. Kundera Milan. La Lentitud.. Barcelona Tusquets editores 1995. pp. 9-12.

No tenemos tiempo para recordar sólo para experimentar el vértigo y el éxtasis que nos proporciona la fría impersonalidad de la tecnomodernidad. Los recuerdos son encerrados en el baúl del olvido y sólo importa el presente ni siquiera el futuro, huimos a toda velocidad de un pasado frustrante que nos persigue como parte de nosotros, pero que queremos erradicar como si se tratara de un tumor maligno, como bien diagnostica Kundera en su novela, "La lentitud": "nuestra época está obsesionada por el deseo de olvidar y por eso se entrega al demonio de la velocidad porque está harta de sí misma"

## LOS MOMENTOS DEL TIEMPO COLECTIVO

*El tiempo no "camina" ni veloz ni lento: todo hecho  
es igualmente irreversible.*

*Por el contrario el ritmo del tiempo cambia notablemente  
según los períodos históricos.*

*Agnes Heller.*

## LA CULTURA DEL RELOJ DE SOL Y DE LAS CAMPANAS.

### La hora de la siembra.

Para sincronizar posiciones, sucesiones de movimientos, nada mejor que seguir el curso del sol, fenómeno que cambia o se mueve a un ritmo regular. Los relojes más antiguos son precisamente los de sol.

¿Cómo pensaban y sentían el tiempo, los hombres de las sociedades primitivas?. ¿Qué consecuencias generó en sus relaciones cotidianas? Su vivencia colectiva del tiempo tiene origen en la relación que establecieron los primitivos agricultores con la naturaleza. Para descubrir el espíritu del tiempo en una sociedad primitiva nos serviremos de la observación de una tribu africana del siglo XIX que no había modificado sus costumbres y ritos. Partiremos de los problemas que los llevaron a realizar una determinación activa del tiempo<sup>11</sup>:

*“Otro trabajo que formaba parte de las tareas fijas del... sacerdote, era la observación de las estaciones del año, que le permitía anunciar a todo el pueblo, el tiempo para la siembra del trigo y para la celebración de sus fiestas.*

*Para cumplir con el primer objetivo, debía subir cada mañana a un puesto de observación hacia el oriente para mirar el orto del sol. Se dice que en el oriente... hay una montaña de capas horizontales... y cuando uno ve con precisión salir el Sol tras esta montaña, las primeras lluvias de esa semana serán suficientes para la siembra. A la mañana siguiente, tras la lluvia, el sacerdote pronuncia el pregón que se difunde por toda la zona habitada de la montaña. Después se ve a los campesinos y sus familias con azadas y espuelas correr monte abajo para participar en el trabajo común.*

<sup>11</sup> N. A. A- Azu, Adanghe Historical and Proverbial Songs, Accra, 1929, p.18 citado en Elias Norbert “Sobre el Tiempo” México, FCE 1989 p.61-62



*El pregón dice así:*

*Echad fuera a la pobreza,  
pues el hambre ya pasó.  
Nunca se dirá,  
de día o de noche;  
pero ahora quiero decirlo  
para que sea enviado  
a la tierra del sufrimiento.*

*Se escucha la gente cantando este pregón, mientras dura la siembra, pero quien más tarde tuviera la osadía de repetir esos versos (esto es, la fórmula mágica para exorcizar al hambre y enviarlo a la tierra del sufrimiento) sería castigado con severidad o peor aún, convertido, en esclavo.*

*Asimismo para decir al pueblo algo concreto sobre la celebración de sus fiestas, a mitad del año, el sacerdote debía subir a otra roca orientada al occidente y allí, cada luna nueva, hacer una marca en una piedra o introducir un caurí en una vasija destinada para ello. Nadie, salvo el sacerdote o sus ayudantes debía, tocarla...*

Tanto esta tribu africana como los hombres primitivos constructores de Stonehenge, aquel monumento de piedra (reloj de sol) en la llanura de Salisbury, en Wilshire, Inglaterra, erigido en el s.II a.C. intentan responder a las siguientes interrogantes: ¿Cuál es el tiempo oportuno en que deben realizarse las cosas? ¿cuándo es el momento de sembrar?, ¿cuándo vendrá la estación de lluvias a acabar con la sequía?, ¿La lluvia recién caída anuncia esta venida o es un falso aviso?.

Digamos que el tiempo cotidiano era algo que ocurría sólo cuando preguntaban o necesitaban la hora, y mientras no la preguntaban o no la necesitaban no existía. Los sacerdotes, son voceros de los dioses, dueños del tiempo. Observan el movimiento del sol y la luna, porque a través de ellos, algunas fuerzas invisibles, les dan a conocer el tiempo para iniciar la siembra y el tiempo para celebrar sus fiestas culturales. El pueblo salta de júbilo al saber el "momento oportuno" por boca del sacerdote pero, seguramente, no se preocupa por enterarse como ha obtenido la respuesta. Los hombres de esta época viven en un espacio vacío como un cielo azul, con pocas alteraciones, dos o tres al año, su superficie no experimenta variaciones, la mirada ve toda la vida lo mismo; es una situación lentísima para nosotros hombres del siglo XX acostumbrados al vértigo de la tecnología; el movimiento no avanza porque su trayecto no cambia casi nada; la actividad visual preferente es la contemplación que busca significado a los acontecimientos, y no la percepción que sólo guarda los registros empíricos. Les invade el "sentimiento oceánico" del que habla Freud, esa pertenencia al cosmos, a la naturaleza, manifestada en sus ritos y conductas religiosas. No poseen un sentido del "tiempo" en abstracto, no lo consideran algo que transcurre como un río, que fluye desde un pasado infinito hasta un futuro infinito, sino que les inquietan sus problemas inmediatos que requieren respuesta: la escasez de alimentos y la celebración de sus fiestas religiosas, (momentos específicos separados, congelados en el devenir).

### **El tiempo del corazón: el inicio del ritual.**

Entre los pueblos rurales el tiempo no se mide con una regla móvil como el sol. Se "siente" con el corazón, es como una intuición del "tiempo oportuno" de hacer algo, que descubre cuando las cosas están listas. Un ejemplo de esta experiencia colectiva del tiempo nos la aporta Hall en una ocasión que él y sus compatriotas norteamericanos fueron a ver una danza navideña de los sioux:

"Tuve que viajar por 45 millas llenas de baches para lograr llegar hasta allí. A 7 000 pies de altura (2 300 m), el frío del invierno a la una de la madrugada es una prueba casi insoportable. En la oscuridad silenciosa, tiritando, buscaba una señal de cuando iba a empezar la danza.

Fuera todo estaba impenetrablemente tranquilo. De vez en cuando se percibía el redoble amortiguado de alguno de los graves tambores pueblo, una puerta que se abría o un destello de luz que perforaba la oscuridad de la noche. Unos cuantos vecino blancos se apiñaban en un balcón de la iglesia donde se iba a celebrar la danza, atentos a cualquier indicio que les indicara cuánto tiempo más tendrían que aguantar. 'He oído que el año pasado empezaron a las diez', 'No pueden empezar hasta que llegue el cura'. Todo esto se veía acompañado por castañeteo de dientes y golpes en el suelo con los pies para activar la circulación.

De repente un indio abrió la puerta, entró y atizó el fuego del horno. Se dieron codazos unos a otros 'Puede que vayan a empezar ahora' Pasó otra hora. De nuevo entró un indio, cruzó la nave de la iglesia y desapareció por otra puerta. 'Seguro que empiezan ahora. Después de todo son casi las dos'. Uno opinó que se estaban portando así con la esperanza de que los blancos se marchasen. Otro tenía un amigo en el pueblo y fue a su casa a preguntar cuándo iba a empezar el baile. Nadie lo sabía. De pronto, cuando los blancos estaban casi exhaustos, irrumpieron en la noche los sonidos graves de los tambores, las matracas y las voces profundas de los hombres la danza había comenzado sin ningún aviso previo".<sup>12</sup>

**La danza tenía para los indios, por tradición, una función ritual; era vivida como una comunicación con el mundo de los espíritus. Y los participantes comenzaban a bailar cuando alcanzaban el estado de ánimo adecuado. Era**

---

<sup>12</sup> Hall Edward T. "El lenguaje silencioso" México 1990 CONACULTA-Aliana Editorial Mexicana. p. 23-24.

como la corazonada de una madre: sabe el momento adecuado de decirle algo al hijo aunque no tenga el reloj en la mano. Consiste en recoger señales del tiempo oportuno para realizar algunas actividades concretas en su sociedad, y no tiene que ver con una mirada a un reloj celestial, universal e impersonal que me da la hora del observatorio divino. Esta vivencia del tiempo les proporciona armonía con su comunidad particular y con su Dios.

### El "tiempo" no existe.<sup>13</sup>

El tiempo es algo que no depende de los hombres, sino que está más allá de sus alcances, de sus fuerzas y de sus decisiones. Por eso no lo nombran, porque poner nombre es dominar (Adán tomó poder sobre la creación: puso nombre a toda criatura). Tanto los indios sioux como los "Nuer" no tienen una expresión equivalente a la palabra "tiempo" de nuestra lengua. Por lo tanto, no hablan del tiempo como si fuera algo real, que pasa como el río, se desperdicia como el dinero o se aprovecha como el agua. Son sumisos e impasibles como las rocas ante el paso del tiempo; nadie sueña en utilizarlo, dominarlo o ganarlo. La prisa, la aceleración, la consideran una falta de decoro combinada con una ambición diabólica que quiere alcanzar más de lo que le corresponde. La noción de cita exacta es desconocida y sólo aceptan encontrarse en el "próximo mercado". No sienten, ni saben lo que es esperar o ir con retraso, las cosas siempre están a tiempo o "todas las cosas tienen su tiempo", (incluyendo la presente tesina), como dice el Eclesiastés; viven un espacio predecible asegurado por los ritos, lleno de personas y cosas conocidas, que les ofrecen seguridad; no experimentan la sensación de lucha contra el tiempo porque éste aparece como una regla flexible; ni la necesidad de coordinar sus actividades con un "tiempo abstracto" o con un reloj, al cual a veces se le conoce como "el molino del diablo" al decir de P. Bordieau.

<sup>13</sup> cfr. Evans-Pritchard E.E. "Los Nuer" Barcelona 1977 p.116-120. y Hall Edward T. "El lenguaje silencioso" México 1990 CONACULTA-Aliana Editorial Mexicana. pp. 15-32. Thompson E.P. "Tradicición, revuelta y consciencia de clase" Barcelona, ed. Critica 1979 pp. 242-249

Sus puntos de referencia "del tiempo" son las propias actividades diarias que poseen un carácter pausado y sucesivo: el cuidado del ganado, las tareas pastorales y sus relaciones mutuas. Su tiempo está "orientado al quehacer" como en las sociedades rurales actuales. Esta actitud es más comprensible humanamente que el trabajo regulado por horas y manifiesta una demarcación menor entre trabajo y vida: las relaciones sociales y el trabajo están entremezcladas como entre los comerciantes actuales que hacen amistad y venden, entablan relaciones interpersonales a la vez que trabajan; no existe conflicto entre el trabajo y el "pasar el tiempo"; el tiempo no es dinero sino oportunidad de vivir, de relacionarse, de hacer y de ser.

### Tiempo de sol y fiestas.

Esta actitud frente al tiempo no sufrió cambios sustanciales durante siglos. El tiempo medieval se halla regido por las campanas. Los toques dados por los monjes, son los únicos puntos de referencia en toda la jornada. El toque de las campanas hace conocer el único tiempo cotidiano que puede ser medido aproximadamente: el de las horas canónicas, por el cual todos los hombres se regulan. "La masa campesina se encuentra hasta tal punto sometida a ese tiempo clerical que el universitario Juan de Garlande, a comienzos del siglo XIII da de *campana* la fantásiosa, pero reveladora etimología siguiente: ...( las campanas reciben su nombre de los campesinos que habitan la el campiña y no saben distinguir las horas sin ellas)"<sup>14</sup>

Hamilton Thompson testimonia que durante la Edad Media, un sacerdote italiano no se dio cuenta de que ya había empezado la Cuaresma hasta casi el Domingo de Ramos, entonces les dijo a sus feligreses: "la Cuaresma ha tardado tanto en llegar este año porque el frío y la inseguridad de los campos no le dejaban cruzar las montañas, y por eso ha venido a paso tan lento y receloso,

<sup>14</sup> Le Goff Jacques. "La civilización del Occidente Medieval" Barcelona Editorial Juventud p.251.

que no podrá permanecer con nosotros más de una semana, ya que el resto del tiempo lo ha pasado en el camino"<sup>15</sup> Notamos aquí que sin las referencias a las fiestas eclesiásticas o a los fenómenos de la naturaleza, el tiempo no tiene sentido para los hombres de las comunidades rurales medievales

Aún más, en el campo, antes de mediados del siglo XIX, la rutina cotidiana la marcaba más el sol que los relojes mecánicos. Los campesinos tenían una escasa noción del tiempo. Se levantaban al clarear y, salvo en invierno, se acostaban al oscurecer. El paso del tiempo para ellos no lo marcaba el tic tac del reloj sino los sonidos de la naturaleza: todavía hoy, decimos que nos levantamos "con el canto del gallo" para indicar que lo hacemos a primera hora de la mañana, y durante el día el comportamiento de los animales y de las aves marcaba el paso de las horas. En los pueblos, el toque del Angelus al mediodía señalaba un punto en torno al cual podían estructurarse los quehaceres diarios.<sup>16</sup>

---

<sup>15</sup> citado en Pounds Norman J.G. "La vida cotidiana" Historia de la cultura material. Barcelona 1992. Edit: Crítica p.273

<sup>16</sup> cfr. ibid. p.266.

## LA CULTURA DEL RELOJ PÚBLICO Y DOMÉSTICO.

### El reloj mecánico sube al escenario.

Desde el siglo XIV en adelante se erigieron en las ciudades de la Europa mediterránea y occidental relojes mecánicos en iglesias y lugares públicos; la mayoría de las parroquias inglesas deben haber poseído un reloj de iglesia hacia finales del siglo XVI. A partir de ese momento, y de modo paulatino, el "tiempo de las ciudades" (no tan exacto ni tan difundido como el nuestro) se funda como distinto al ritmo que prevalece en la vida campesina. Surge una nueva conciencia colectiva del tiempo.<sup>17</sup> Los hombres han logrado sustituir los movimientos del sol, la luna y otros astros por "medidores temporales" de factura humana. Sin embargo, esta nueva vivencia del tiempo colectivo no se impone a la anterior sino que coexiste con ella hasta nuestros días.

### El tiempo es mío.

Mientras los hombres de las sociedades rurales consideran el tiempo como independiente de ellos, como un don divino y gratuito, como "algo" más allá de sus alcances, de sus fuerzas y de sus decisiones, ante el cual sólo cabe la sumisión e impasibilidad como la de las rocas, los habitantes de las primeras urbes mercantiles lo perciben como un "objeto" de quien se pueden apropiar, como si fuera un producto que se expende en el mercado. El tiempo aparece como "hecho" por el hombre, utilizable prácticamente para generar una ganancia. De ahí que el mercader sea el mensajero e introductor del tiempo convertido en objeto de apropiación individual. El empresario, gracias a las horas mecánicamente marcadas controla el tiempo de trabajo. Los clérigos y príncipes descubren en él un medio para disciplinar a las gentes.<sup>18</sup>

<sup>17</sup> cfr. Thompson E.P. "Tradicón , revuelta y conciencia de clase" Barcelona, ed. Crítica 1979 p.249

<sup>18</sup> cfr. Le Goff Jacques. "El Hombre medieval" Madrid, Alianza Editorial, 1990 p. 183

## Adiós a la ciudad ideal.

Las callejuelas estrechas de las ciudades durante la Baja Edad Media (s. XI-XV) alimentaban una profusión de mirones. Nada importante escapaba de la perspicacia indiscreta de los vecinos. Todos se conocen. Tanto que si alguien preguntaba una dirección se la daban inmediatamente aunque se tratara de alguien que vivía del otro lado de la ciudad. Sin embargo, con el apogeo de las grandes urbes esta ciudad ideal va desapareciendo.<sup>19</sup>

Aunque la situación haya cambiado, se haya transmutado, no fenece aquel sitio donde todos se conocían y había tiempo para platicar con los vecinos, para hacer amistad, para “perder el tiempo”. Si bien los asuntos de trabajo obligan a la mayoría a circular continuamente por la ciudad perdiendo la oportunidad de contactos interpersonales. Los hombres viven en un espacio que apenas se va llenando, como el que vemos al mirar por la ventanilla del auto al ir arrancando.

Paulatinamente el tiempo se va haciendo más indispensable. El reloj era una respuesta a la creciente necesidad de emplear el tiempo del mejor modo posible y de sincronizar las actividades de cada cual con las de los demás. También contribuyó a que se le diera más valor al tiempo. La gente empezó a contar su paso en minutos, más que en horas, y gracias a este invento, la hora en tanto que medida del tiempo adquirió una precisión de la que antes carecía.

Sin embargo, cuando la ciudad crece y ya no se conoce a sus habitantes surge la necesidad de estrechar relaciones, de comunicarse y por ello aparecen en escena las casas públicas: el café y el teatro, inauguradas en el siglo XVII.<sup>20</sup> Aquel era un lugar de conversación, de intercambio de puntos de vista de

---

<sup>19</sup> *ibid.* p. 165

<sup>20</sup> Habermas J. “Historia y crítica de la opinión pública” Barcelona Gustavo Gilli 1981 p. 280-290.



lectura, discusión y escritura de los periódicos, fuentes de pluralidad (todas las opiniones eran válidas, siempre que las sostuviera un buen argumento y una adecuada elocuencia) e igualdad (todos podían opinar de todo). Y el teatro era un lugar de manifestación de los afectos, donde la gente interactuaba con los actores como en el teatro de revista de la actualidad. Tenía tiempo para divertirse, para la conversación, para el placer, sin poder olvidar el tiempo del reloj público, claro está.

### **Escuela de cambio, medida y orden.**

“Uno de los aspectos esenciales del gran progreso de Occidente después del año mil es el desarrollo urbano que alcanza su apogeo en el siglo XIII. La ciudad cambia al hombre medieval”<sup>21</sup>. En la ciudad el dinero es el rey. La mentalidad dominante es la mercantil, la del beneficio. Ciudad y tiempo regido por el reloj mecánico están casados indisolublemente. En la ciudad se aprende a conocer el valor del trabajo y del tiempo, pero sobre todo de los perpetuos cambios: el incesante movimiento de los precios y las continuas transformaciones de status y condición.

La ciudad se contrapone al campo y es escuela: enseña medida, todo se mira como algo cuantificable; y orden, la medida homogénea del tiempo colectivo y la progresiva desaparición de sus medidas particulares permite pasar del orden al caos en las relaciones mercantiles y de trabajo. Allí todo está mejor regulado que en ninguna parte y en primer lugar el tiempo, que impone cada vez el uso del reloj mecánico.

---

<sup>21</sup> Le Goff J. op cit. p.27

## ¿Qué es eso que marca el reloj?

Aunque esta nueva percepción colectiva del tiempo, deviene en la mentalidad moderna expresada en aquella célebre frase acuñada por Benjamín Franklin: "el tiempo es oro", el siguiente texto expresa, también esa sensación de extrañeza, de falta de significado frente al tiempo del reloj mecánico. Es la memoria del tiempo colectivo basada en los procesos de la naturaleza que se resiste a morir. La gente común, más rural que citadina, acostumbrada a los ciclos naturales, sentía y siente lo mismo que aquel zapatero referido por Franklin en la anécdota: ¿qué es eso que marca el reloj mecánico? ¿que son las doce, o la una?. Parecen términos artificiales carentes de sentido para los hombres acostumbrados al devenir del día marcado más por momentos especiales, marcados por un quehacer, cargados de afectividad que regido por las "nuevas horas".

Leamos el siguiente texto ya clásico, pero no fijándonos en la idea de que el tiempo es oro, sino en las contestaciones ingeniosas que el zapatero hace a la esposa, resaltadas en negrillas.

"Puesto que nuestro tiempo está reducido a un patrón, y los Metales preciosos del Día acuñados en Horas, los Industriosos saben emplear cada Pieza de Tiempo en verdadero beneficio de sus diferentes Profesiones: y el que es pródigo con sus horas es, en realidad, un Malgastador de Dinero. Yo recuerdo a una Mujer notable que era muy sensible al Valor intrínseco del Tiempo. Su marido hacía zapatos y era un excelente Artesano, pero no se ocupaba del paso de los minutos. En vano le inculcaba ella *que el Tiempo es Dinero* El tenía demasiado Ingenio para comprenderla, y esto fue su Ruina.

Cuando estaba en la Taberna con sus ociosos Compañeros, si uno observaba que el Reloj había dado las Once, *¿Y qué es eso, decía él, para nosotros?* Si ella le mandaba aviso con el Chico, de que

habían dado las Doce, *Dile que esté tranquila que no puede ser más. Sí que había dado la una, Ruégale que se consuele que no puede ser menos.*<sup>22</sup>

La historia anterior, escrita tardíamente en el siglo XVIII, nos permite observar que el tiempo para la amistad, para el ocio y la diversión se mantiene como un espacio importante, a pesar de la implantación paulatina del reloj mecánico.

### Viajando en carroza.

Otra vivencia colectiva del tiempo en la era preindustrial es semejante a viajar en una calesa, guiada por un conductor. El viajero rememora los eventos recién acontecidos de los que se aleja lentamente, les ofrece parsimonia mental para que fijen en la memoria, mientras el cuerpo se relaja y el paisaje no cambia de exabrupto sino poco a poco, siente la parsimonia del cambio, la tranquilidad en el trayecto.

227510

---

<sup>22</sup> Poor Richard's Almanac (enero de 1751), en The Papers of Benjamin Franklin, de L. W. Labaree y W. J. Bell, New Haven, 1961, IV, pp 86-87. citado en Thompson E.P. "Tradición, revuelta y conciencia de clase" Barcelona, Ed. Crítica 1979 p. 283

## LA CULTURA DEL RELOJ DE BOLSILLO

Hasta el siglo XVIII, se convirtió en algo normal entre las personas acomodadas llevar un reloj de bolsillo, en forma de bulbo, poco manejable y sujetado por una cadenilla. Mientras que tuvo que llegar el fin del siglo XIX para que las personas de la clase humilde llevaran encima un mecanismo para medir el tiempo.<sup>23</sup>

### No puedo vivir sin ti.

Los hombres ya no pueden vivir sin el reloj se han acostumbrado a aceptar el tiempo que marca el reloj mecánico como un dimensión natural del mundo y de sí mismos. Son como los adictos a las relaciones destructivas.

Valoran el tiempo utilizado para hacer un trabajo, empiezan a concertar citas puntualmente; miden la vida con "cucharillas de café"; reordenan el espacio urbano y enderezan las calles para transportar cualquier cosa: mercancía, persona, idea,... en el menor tiempo posible; se hace necesaria la rapidez del ir y venir, surgen entonces las empresas de correspondencia porque las visitas son más rápidas por carta; las casas de bolsa utilizan palomas mensajeras; surgen los primeros transportes masivos: en París se transportan en 1866 107 millones de personas y Londres inicia la construcción del metro en 1873. Con todo ello, nace el transeúnte atareado como ocupante habitual de la ciudad y muere el peatón ocioso de antaño.<sup>24</sup>

---

<sup>23</sup> cfr. Pounds Norman J.G. p.269.

<sup>24</sup> cfr. Fernández Christlieb P. "La psicología colectiva un fin de siglo más tarde" Barcelona Coedición Anthropos-Colegio de Michoacán. 1994 p.390-393.

## **No hables, camina.**

Las prisas van rompiendo la comunicación y la camuflajan con la información. Aparecen en 1824 "La Belle Jardinière" y en 1852 "El Bon Marche" primeras tiendas que exponen las mercancías para que no haya que hablar y pedir las, con los precios marcados y fijos, para que no haya que hablar y regatear, de manera que la gente ve, escoge, paga y sale sin necesidad de proferir palabra alguna, sin comunicación de por medio, fenómeno éste que los supermercados han llevado a una perfección electrónica.<sup>25</sup>

Los cafés y las casas públicas tan frecuentadas en el siglo XVIII sufren un declive porque son considerados lugares peligrosos para el status quo debido a la reunión de personas y a la discusión que se lleva a cabo en ellos. Cuando falta la conversación, la comunicación, abundan los periódicos (ya no leídos, discutidos y escritos en los cafés públicos) que a partir de 1840 alcanzan tirajes masivos.<sup>26</sup> Inician, así, la lectura individual del periódico y esa sensación que hasta hoy nos invade a los lectores de los diarios: nos sentimos pequeñitos ante el alud de información, es como si quisiéramos abarcar un ahuehuate con nuestros brazos.

## **El tiempo en el bolsillo.**

El reloj se ha ido acercando al cuerpo de los hombres. Ha dejado de ser algo exterior y ha pasado a formar parte de la vestimenta de uso cotidiano. Empieza a ser la sombra que persigue todas las actividades realizadas por los ciudadanos. Le imprime precisión a la vida. No sólo a las actividades sociales y laborales sino también a las domésticas y aún más a las privadas. Se inicia esa

<sup>25</sup> Sennet R. "El declive del hombre público" Barcelona Península 1979 pp. 179-183.

<sup>26</sup> Fernández Christlieb P. op. cit. p.392-394.

lucha contra el tiempo: hacer el mayor número de cosas en el menor número de minutos.

El reloj de bolsillo va ligado al ferrocarril. Aquel presenta una esencia calculadora que llevó los elementos de la vida a una precisión y una seguridad en los acuerdos y convenios. Y la llegada de éste acabó de una vez por todas con cualquier peculiaridad local en la forma de medir el tiempo. El tiempo ya no era sólo urbano, se hizo universal, el mismo para todas las regiones y ciudades.

Podemos entender mejor la nueva vivencia colectiva que generan estos dos instrumentos si tomamos en cuenta que “desde los tiempos más remotos hasta el siglo XIX sólo hubo dos formas de viajar: a pie, a caballo, o en algún vehículo por carreteras mal construidas y en barco por los ríos o lagos de las costas de Europa.”<sup>27</sup> Los viajes tardaban por lo menos cuatro o cinco veces más. Le pido a mi lector que haga el ejercicio de imaginarse cómo sería la vida cotidiana si antes del ferrocarril que ahora nos parece exageradamente lento, la velocidad del más rápido medio de transporte de la época era cinco veces menor.

---

<sup>27</sup> Pounds Norman J.G “La vida cotidiana”: Historia de la cultura material. Barcelona, Editorial Crítica 1992. p. 460

## CONTROL DEL TIEMPO Y PODER

*“La ordenación del tiempo es  
el más eminente atributo de toda  
dominación”*

*Elías Canetti.*

### El reloj detrás de la mesa del jefe.

El dominio del tiempo siempre ha estado ligado al poder en la historia de la humanidad. En el Occidente cristiano, la campana del monasterio se erige como instrumento indispensable de organización y control que tañe a las horas canónicas, llamando a la oración y al trabajo. Pero la campana era tañida por los monjes. Los habitantes de los burgos, más tarde, se independizaron del dominio eclesiástico y el reloj de la torre del ayuntamiento hacia que los ciudadanos pudieran construirse el día a su medida, mientras que el campesinado seguía sometido a los ciclos naturales. Aquellos nunca más dependerían del poder horario de las catedrales.<sup>28</sup>

A mediados del siglo XVII los que son contratados experimentan una diferencia entre el tiempo de sus patrones y el “propio” tiempo. El patrón debe utilizar el tiempo de su mano de obra y ver que no se malgaste: no es el quehacer el que domina sino el valor del tiempo al ser reducido a dinero. El tiempo se convierte en moneda. No pasa sino que se gasta. Surge entonces, el reloj checador. Este enmarcará la vida laboral convirtiéndola en un paréntesis tan amplio que a veces lo que quedaba fuera de ese paréntesis es poco significativo frente a las jornadas extenuantes que en él se incluyen.

---

<sup>28</sup> Rodríguez López J.L. Tiempo, relojes y trabajo en Revista de Occidente No. 148. Sep 1993. pp. 93-100.

El tiempo se convierte así en el disciplinador más inexorable; la conciencia moral al fin y a la postre, ejerce sus dictados en una dimensión temporal; la transgresión de la puntualidad instauro una culpa de un calibre semejante al deseo de matar al padre.

### **La ociosidad es indisciplinada.**

Mientras la industria de la manufactura se mantuvo en una escala doméstica o de pequeño taller, sin una complicada división de la producción (es decir, hasta la revolución industrial) el grado de sincronización que se requería era leve y se conservó la orientación al quehacer propia de las sociedades rurales. Prevalcía una irregularidad en las normas de trabajo: se alternaban tiempos de trabajo intenso con momentos de ociosidad, tal como ocurre en los que hoy trabajan independientemente como los artistas, escritores, vendedores,...La mayoría de los oficios le rendían veneración a San Lunes, como hoy los albañiles. Todavía en la década de 1970 E.P: Thompson en su libro "Tradición, revuelta y conciencia de clase" nos cuenta que un viejo minero de Yorkshire le decía que en su juventud era costumbre, en las mañanas de lunes, echar una moneda al aire para decidir si se trabajaba o no. Aún más, hasta las primeras décadas del siglo XIX la irregularidad de días y semanas de trabajo era afectada por las numerosas fiestas tradicionales y ferias sin que los trabajadores tuvieran un sentimiento de culpa o necesitaran ir al psicoanalista para curar su ociosidad.

Sin embargo, con el capitalismo industrial disciplinado se empezó a controlar el tiempo de trabajo. Surgieron para ello, en las fábricas, los vigilantes del tiempo, las hojas de horas trabajadas, los informadores y las multas. También se dispuso de otra institución no industrial para inculcar la economía del tiempo; la escuela, como lugar donde regía y se imponía la disciplina desde la niñez. Los relojes desempeñaron un papel muy importante en este proceso de



estricta disciplina del tiempo. Sólo el patrón y su hijo tenían reloj y sabían la hora, aunque no había horas regulares porque patronos y administradores hacían con los obreros lo que querían: atrasaban o adelantaban el reloj a su conveniencia para ganar tiempo de trabajo.<sup>29</sup>

Los patronos enseñaron a la primera generación de obreros industriales la importancia del tiempo; la segunda generación formó comités de jornada corta en el movimiento por las diez horas; la tercera hizo huelgas para conseguir horas extra y jornada y media. Habían aceptado las categorías de sus patronos y aprendido a luchar con ellas. Habían aprendido la lección de que el tiempo es oro demasiado bien.<sup>30</sup>

---

<sup>29</sup> *ibid.* Thompson E:P. "Tradición , revuelta y consciencia de clase" Barcelona, ed. Crítica 1979 pp. 270-280.

<sup>30</sup> *ibid.* p 279

## CONCLUSIÓN: MEMORIA Y OLVIDO DE UNA SOCIEDAD

### Dos improntas de la memoria colectiva del tiempo.

La memoria colectiva de la cultura occidental registra dos hitos centrales en la medida social del tiempo y en la vivencia colectiva del mismo.

En el primero, se utiliza el ritmo de la naturaleza, los movimientos del sol y de la luna, para "determinar el tiempo" de sembrar, de las festividades. El tiempo existe por las actividades que lo llenan: *apresurarse o ser lento*, no tiene sentido. La actividad visual preferente es la contemplación que busca significados a los acontecimientos, y no la percepción que sólo guarda registros empíricos. Su "tiempo" está orientado al quehacer, hay una demarcación menor entre trabajo y vida: las relaciones sociales y el trabajo están entremezcladas, el "tiempo" es oportunidad de vivir, de relacionarse, de hacer y de ser. Este período se remonta a los inicios de la sociedad agrícola y predomina hasta el siglo XIV. A partir de entonces sigue existiendo, pero va reduciéndose su territorio. Sobrevive en el campo, pero se va eliminando de las ciudades.

El segundo inicia con la entrada en escena del primer reloj mecánico público, la economía mercantilista y el surgimiento de las ciudades (s. XIV). Se utilizan los relojes mecánicos en iglesias y lugares públicos para tener una "determinación" colectiva del tiempo. El tiempo de las ciudades surge como un ritmo del tiempo distinto al de la vida campesina. "El tiempo" aparece como "hecho por el hombre", utilizable para generar una ganancia. El reloj y lo que marca se van haciendo indispensables: surge la necesidad de emplear el tiempo del mejor modo posible. Y lentamente se inician las prisas. Se empieza a perder el sentido de las relaciones interpersonales y los contactos son cada vez más frecuentes, pero menos profundos. Hasta llegar al siglo XX en que, a pesar de la velocidad de la tecnología, necesitamos más tiempo del que disponemos.

Estas dos memorias del tiempo colectivo coexisten, hoy en día, en el campo y en la ciudad, en las sociedades mal llamadas "primitivas" y en algunos resquicios de las urbes. Y a partir de ellas surgen dos formas del uso del tiempo: en una el hombre puede volverse una máquina programada y en otra inventa el tiempo y puede dar ritmo a su propia vida.

### **¿ Qué necesitamos desarrollar los hombres para enfrentar estos cambios vertiginosos?**

Vivimos en un mundo, como ya hemos asentado, vertiginoso. Tenemos la sensación de que todo cambia de un día para otro. La realidad con tanta información rebasa nuestra capacidad de percepción. No podemos estar al tanto de todo lo que pasa en el mundo, ni siquiera en nuestro país. Dos reflexiones al respecto:

- Nos sentimos abrumados por el "tiempo" no tanto porque el tiempo vaya más veloz que en otras épocas de la historia sino porque ese afecto depende de ¿Cuántas cosas tenemos que hacer en un día?. Curiosamente vivimos en un mundo veloz ( lleno de información y de cambios como ningún otro en la historia ) y a la vez, no tenemos tiempo para nada porque se nos escurre como el agua entre las manos. Como percibamos y sintamos el paso del tiempo en nuestra colectividad depende más de la cantidad de actividades y tareas que debemos desempeñar en un día que de la tecnología con la que contemos. Pues antes de la invención del reloj mecánico a nadie le faltaba tiempo para realizar sus ocupaciones. La pregunta clave es: ¿Podemos determinar lo esencial de nuestra vida y dedicarle el tiempo necesario? ¿Seremos capaces de no dejarnos llevar por este remolino de acontecimientos y de informaciones? ¿Podemos desarrollar a su máximo grado la capacidad de ser selectivos en este mundo vertiginoso sin perder nuestra sensibilidad humana?

- Los hechos nos inundan. Pero hemos perdido o estamos perdiendo, nuestra capacidad humana para sentirlos. Cada vez conocemos más cosas con la mente, mediante hechos, mediante la abstracción, pero ya no los "vemos" con el sentimiento. Tal vez nos haga falta desarrollar la capacidad de involucrarnos afectiva y profundamente en relaciones interpersonales vertiginosas

### **Recordatorios del valor de la lentitud**

Todavía quedan algunos residuos de actividades que no se pueden realizar velozmente sin atentar en contra de su esencia. No están inmersas dentro de esta aceleración generalizada en que vivimos en las urbes del siglo XX. Estas nos recuerdan el valor de la lentitud, como dimensión antropológica y natural del mundo en que nos desarrollamos. Los procesos que tienen que ver con el desarrollo y crecimiento de la naturaleza, (y del hombre como parte de ella) requieren tiempo, lentitud: una semilla no da fruto de un sábado para un domingo, aunque la metamos a un invernadero del siglo XXI, los árboles necesitan tiempo para crecer y ofrecer buena madera; los seres humanos cultivamos una amistad a lo largo de los años como se cultiva una planta, requerimos toda una vida, no sólo un curso de estimulación temprana, para alcanzar madurez afectiva, y a veces no alcanza. Por último también las disciplinas espirituales nos recuerdan que el tiempo requerido para el crecimiento es imposible violentarlo, requerimos períodos excesivamente largos de entrenamiento y disciplina para lograr un desarrollo espiritual. Pues el ascenso a niveles de conciencia más elevados no se da por arte de magia ni tiene que ver con los procesos tecnológicos tan comunes y eficaces en nuestra época.

Las actitudes frente a la lentitud exigidas por un proceso, pueden ser por lo menos dos: la más característica del espíritu de nuestra sociedad sería el enojo, la desesperación ante lo que queremos que esté listo, a tiempo y no lo está y la otra es la virtud moral que temple el espíritu, su complemento psicológico: la paciencia; actitud, poco cultivada actualmente, que nos libera de las prisas, de los enojos y de las frustraciones porque la tesis no está terminada cuando queremos sino cuando es tiempo. Hasta existen, todavía en esta sociedad ráfaga, productos que sin una buena dosis de lentitud no podrían ofrecer el resultado adecuado, son lugares a donde la revolución tecnológica y la aceleración no han llegado. Algunos de ellos son: la elaboración del buen vino, de los instrumentos musicales y de la comida tradicional..

En la producción de vinos el envejecimiento paulatino, y la ausencia de aditivos, conservadores o catalizadores son condiciones para que una bebida adquiera su propio cuerpo y sabor. Las compañías vitivinícolas de prestigio fabrican vinos que no se venden si no es por encargo especial y cuyo promedio de vejez va de los 30 a los 40 años. Por otra parte, para hacer un piano Steinway se requieren varios tipos de madera que deben secarse al aire dos años, luego se almacenan seis meses y las 18 capas de madera que forman la caja se van arqueando poco a poco. La placa de fundición de una sola pieza de hierro que forma el arpa donde van enganchadas las cuerdas también debe almacenarse para probar cuánto tiempo resiste las 20 toneladas de la fuerza de tracción de las cuerdas. También la fabricación de un buen violín se basa más en procesos artesanales que industriales. La comida, como todos lo sabemos y hemos experimentado requiere su tiempo. Los procesos de calentamiento lento afectan químicamente de distinta forma que los rápidos. No podemos pensar en un buen mole poblano sin que haya sido cocinado con paciencia y a fuego lento.

## BIBLIOGRAFÍA.

Berman Morris. "El reencantamiento del mundo", Santiago, Cuatro Vientos 1987.

"Cuerpo y Espiritu", Santiago, Cuatro Vientos, 1989.

Canetti Elías, "Masa y poder", Barcelona, Munchnik Editores, 1977

Ende Michael, "Momo", México, Alfaguara, 1984.

Elías Norbert "Sobre el tiempo", México, FCE, 1989.

Fernández Christlieb P. "La psicología colectiva un fin de siglo más tarde".

Barcelona, Anthrophos-Colegio de Michoacán, 1994.

Habermas. J. "Historia y crítica de la opinión pública", Barcelona, Gustavo Gilli, 1988.

Hall Edward T. "El lenguaje silencioso", México, CONACULTA-Alianza, 1990.

Heller Agnes. "Sociología de la vida cotidiana", Barcelona, Península, 1979

Illescas Nájera Ma. Dolores.(coordinadora) "Un haz de reflexiones en torno al

Tiempo, la Historia y la Modernidad", México, UIA, 1995.

Kundera Milan." La Lentitud", Barcelona, Tusquets editores, 1995.

Lakoff G. y Jhonson M. "Metáforas de la vida cotidiana", Madrid, Cátedra 1986.

Le Goff J. "El hombre medieval", Madrid, Alianza-Editorail, 1990.

"La civilización del Occidente Medieval, Barcelona. Juventud 1984

"La bolsa y la vida", Barcelona, Gedisa, 1986.

Lipovetsky Gilles, "El imperio de lo efímero", Barcelona, Anagrama, 1990.

Pounds Norman J.G "La vida cotidiana": Historia de la cultura material.  
Barcelona, Editorial Crítica, 1992.

Ramos Ramón. "Maurice Halbwachs y la memoria colectiva", Revista de Occidente (100), septiembre de 1989.

Rodríguez López J.L. "Relojes, tiempo y trabajo", Revista de Occidente (148) septiembre de 1993.

Sennet R. "El declive del hombre público", Barcelona, Península, 1978.

Simmel G. "El individuo y la libertad", Barcelona, Península, 1977.

Thompson E:P. "Tradición , revuelta y consciencia de clase", Barcelona, ed. Crítica, 1979.

Virilio Paul. "El tercer intervalo", en Revista de Occidente (115), Diciembre de 1990